



BOLETÍN MENSUAL DE LA ORDEN MÍNIMA FRANCISCANA
ENERO DE 2013 Número 133 Donativo \$7.00 M.N.

La Sagrada Familia



La Familia Ejemplar

Cristo Debe Reinara en la Familia!

“...Vino a Nazaret, y les estaba sujeto.”

(Lc. II, 51)

Vayamos a Nazaret en este día y contemplemos a la Sagrada Familia.

“¡Oh santa casa de Nazaret, dulce hogar de las más nobles criaturas, donde se encierra el sagrado germen de la Iglesia de Dios! El sol que ilumina la tierra con sus dorados resplandores nunca vio nada más sano y hermoso que esta morada.” Así canta la Iglesia en el himno de laudes, y así desearíamos también cantar nosotros uniéndonos a ella con santo entusiasmo.

Tocaremos un tema de los más críticos e importantes: **Cristo es Rey de la familia**, el único capaz de renovar y curar la vida del hogar que se descompone. A cada momento vemos y experimentamos que la vida moderna de familia cruje en sus cimientos y amenaza con derrumbarse. Basta pasar por la vida con los ojos abiertos, observar los terribles casos que se repiten a diario, leer las noticias de los periódicos, las sesiones de los tribunales, tomar parte en las conferencias de médicos y sociólogos, leer las piezas de teatros y temas de películas, y en seguida veremos que la enfermedad más profunda, la llaga más peligrosa de la sociedad moderna, es la crisis aguda de la vida familiar... que se desmorona.

Cuanto más peligrosa es la llaga, tanto más urgente es su curación. Todos sabemos que la sociedad está enferma. Se dictan algunas leyes y medios para reformarla, está bien, pero esto no es más que una venda para la llaga sangrante. Curar la llaga es algo, pero ¿no es más provechoso hacer todos los esfuerzos para prevenir la llaga? Sería más útil impedir que crezca la cizaña que cortarla cuando ya ha echado raíces.

La familia es la ciudadela del orden, de la vida social, del Estado y de la religión. Y precisamente porque la enfermedad atacó a la vida familiar, por esto abrumba y espanta sobremanera la situación actual. Si quisiéramos resumir en tres palabras las cosas que aseguran la felicidad de la familia, escogeríamos estas tres: fe, armonía, fidelidad.

En la vida de Nuestro Señor Jesucristo se destacan tres familias, de las cuales podemos copiar las leyes propias y fundamentales de la vida del hogar. Recordemos estos tres nombres: Caná, Nazaret y Betania.

¡Caná! En una olvidada e insignificante aldea, contrae matrimonio una pareja joven y desco-



nocida e invita para tan importante acto a Nuestro Señor. Él acepta la invitación, con gusto asiste a las bodas y lleva consigo a su Inmaculada Madre y a sus discípulos.

Para sacar de apuro a los novios obra su primer milagro... ¡Cuántas y qué profundas enseñanzas se esconden bajo tan sencillas apariencias!



Una pareja joven quiere contraer matrimonio, e invita para el acto a Nuestro Señor Jesucristo.

Los novios de hoy, ¿cuándo cometen la primera falta que después ya no pueden remediar? Cuando invitan para la boda a los parientes, a los conocidos, a los compañeros de oficina, a los amigos, a todos... menos a Jesucristo; el Señor es el único de quien se olvidan. ¡Aquí estriba el mal! Los matrimonios actuales se contraen prescindiendo de Jesucristo. Y no decimos esto por aquellos que sólo viven casados por el civil, ni por los que se divorcian para casarse de nuevo. Esos casos, entre católicos, son incomprensibles. No se entienden cómo los católicos se atreven a emprender el sendero del matrimonio sin haber implorado antes la gracia de Dios y sin poner por testigos a los ángeles. Dice un refrán: *“¿Emprendes una peregrinación?*

Reza una oración. ¿Te embarcas? Reza dos. ¿Te casas? Reza cien.”

¿Qué es el matrimonio?

La vida matrimonial está llena de sacrificios y responsabilidades. Del altar brota la gracia necesaria para sobrellevar unos y enfrentarse a otros. El Cristo sacrificado en el altar puede enseñar los primeros sacrificios del matrimonio, por esto encamina los primeros pasos de los novios hacia el altar. Nuestro Señor dio categoría de Sacramento al matrimonio, para que de él brote la nueva vida de familia, y también la gracia copiosa que para ella se necesita. Sin el auxilio de la divina gracia no se puede lograr una fidelidad que dure hasta la tumba, y esa gracia no se alcanza con el matrimonio civil solamente. La fidelidad y el amor no se apagan si se sientan sobre una base segura,

el principio eterno de toda fidelidad y amor: Dios; con otras palabras: si el matrimonio se celebra en presencia y con la bendición de Cristo. De Él prescinden, en cierto sentido, los que no piensan del matrimonio según aquel concepto de santidad que de él pregonaron siempre Nuestro Señor y la Santa Iglesia.

Si preguntamos al mundo moderno, ¿qué es propiamente el matrimonio? Veremos qué concepto más bajo y más pagano se tiene de este sagrado vínculo.

tres conceptos: ¡templo, claustro, familia! En el templo se reúnen los hijos de Dios, en el claustro viven las místicas esposas del Señor y en la familia nacen y crecen los hijos de Dios.

¿Qué es la familia según el concepto de la Iglesia?

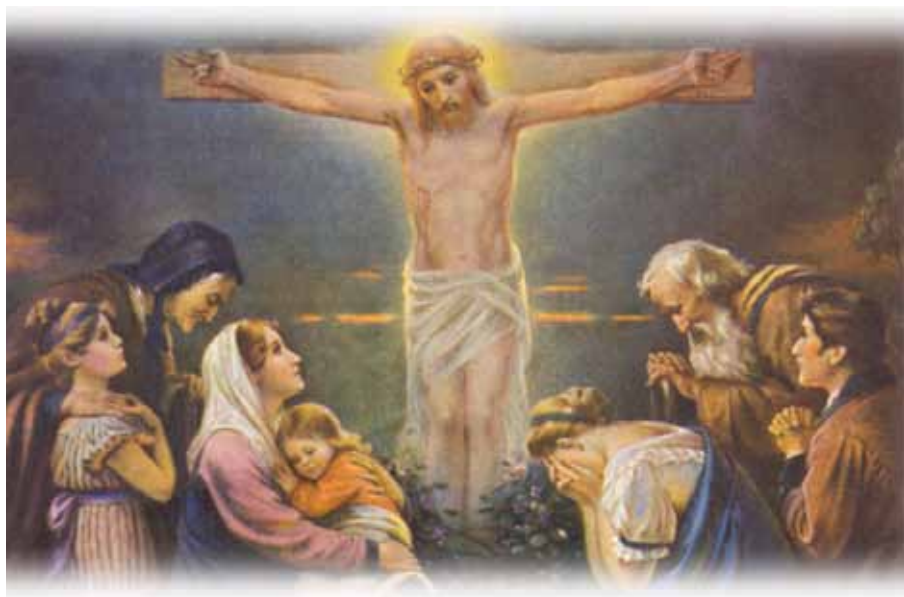
Es la institución que tiene por finalidad dar hijos al reino de Dios acá en la tierra, a la Iglesia, y dar hijos al reino de Dios en la



- ¿Qué es el matrimonio moderno? El primer paso para el divorcio. Es una sociedad provisional fundada en el mutuo goce. Es el negocio abierto del ***“doy para recibir”***.

¿Y cuál es el concepto católico? Es muy sublime. Tres palabras y

eternidad, al cielo. Es el vestíbulo de la Iglesia, es la preparación para el cielo. El mundo actual protesta; no quiere admitir que los hijos sean una bendición de Dios y que el oponer un dique a la vida sea contra la santidad del matrimonio.



Sin embargo, es así. Por consiguiente, si seguimos la orientación de la Iglesia, la cuestión decisiva en la elección del consorte no será la hermosura de la novia, ni la fortuna del novio, ni el número de casas y autos que posee, ¡no! Esas cosas no son de ninguna importancia. La cuestión principal ha de ser si este joven será esposo fiel o si esta joven será buena madre. Éste es el concepto genuinamente cristiano.

Y todavía hay otros que contraen matrimonio sin invitar a Cristo. Son los que no ponen en primer lugar lo que Él quiere que sea primario en la familia: la unión espiritual de los esposos y el oficio de padres; sino que atienden únicamente a la carrera que se abre con tal o cual suegro; a la casa de tantos pisos que pueden adquirir; a las

hectáreas de tierra que van unidas a tal contrato; a los círculos distinguidos de tal o cual familia. ¿Con qué derecho pueden esperar la bendición de Dios?

Claro que el ser humano no puede vivir del aire, y no está mal si hay dote y se garantiza el porvenir... pueden rectamente tomarse en consideración estas ventajas... pero no en primer lugar, no con la preterición de los valores morales y la perfecta armonía de los espíritus. Porque el que quiere tomar por esposa la bolsa de dinero, o la que quiere casarse con el escritorio del alto funcionario, no ha de esperar felicidad duradera ni perseverante.

¿Qué es lo que falta en la vida moderna de familia? No creamos que sólo faltan las manifestaciones exteriores de la vida religiosa, que los actos de piedad son los

únicos que padecen una consunción morbosa en las familias modernas. Desaparecieron las sagradas imágenes y el Crucifijo en las paredes, no queda rastro del rezo en común, no vemos la Sagrada Escritura ni buenos libros. El sitio que antes ocupaban el Crucifijo o los cuadros religiosos es ocupado ahora por otras cosas que llaman arte y que no transmiten nada; en vez del rezo del rosario en común, es la televisión la que sirve de despedida a los miembros de la familia cuando se van a dormir; y los buenos libros han tenido que ceder su sitio, sobre la mesa familiar, a las revistas de modas y novelas pornográficas.

Es tristemente cierto. Pero todo esto no pasa de ser una cosa exterior y todavía podría soportarlo la vida familiar... Hay otro mal más profundo: ha desaparecido de las familias el ambiente cristiano. Quien tiene buen olfato católico no ha de hacer más que entrar en la familia moderna y sentirá en seguida que falta en esa casa el perfume del incienso, que es el espíritu de una vida de oración, la atmósfera de lo sobrenatural, lo que hacía de la vida familiar un verdadero santuario. Hoy en las familias todo es humano y natural. ¿En qué estriba el mal? En que Nuestro Señor ha sido desterrado de la familia. . .

A la muerte de Jesucristo hubo un terremoto. Cuando Nuestro Salvador fue desterrado de la familia también se produjo una te-

rrible conmoción, un terremoto que cubrió de escombros la familia y amenaza con exterminar a toda la sociedad. En cambio, si pensamos en la felicidad de aquella vida familiar, cuyas bases se pusieron con la invitación de Jesucristo... donde Él es el Rey y hay fe en las almas, hay alegría en los corazones y felicidad.

El gobierno y el reinado de Cristo santificará la vida familiar, limpiará las paredes, quitará el lujo superfluo, la palabra blasfema y los chistes licenciosos... cuando haya muchos de estos hogares santamente reformados, se reformará la sociedad humana que hoy padece una enfermedad mortal.

Cristo salvará a la familia si la familia le acepta por Rey.

"Es forzoso que haya escándalos," (Mat. XVIII, 7) dijo alguna vez Nuestro Señor; pero que el escándalo sea diario, algo de costumbre, como el bocado de pan; que millares de hombre ricos y pobres, instruidos y analfabetos lo tengan por manjar de cada día; esto pasa ya de lo normal. ¡Es terrible el desmoronamiento de la familia! ¿Dónde encontrar remedio?

La fe es la moraleja que sacamos del ejemplo de Caná. De la casa de Nazaret sale la armonía. El Hijo de Dios vivió treinta años en un hogar silencioso: la casa de sus padres. ¿Puede haber una recomendación mayor del hogar doméstico? ¡Hombres, quedaos en vuestras casas!

Padres, madres, hijos... habéis de saborear y amar la armonía del hogar, a ejemplo de la Sagrada Familia. La Santísima Virgen enseña a las madres y esposas a que hagan lo posible para que el hogar sea realmente cálido, armónico y así no hayan de abandonarlo el esposo y los hijos.

La Familia ejemplar

La santa casita de Nazaret, de unión armónica perfecta entre sus santos moradores, es un hogar rebotante de dichas que la vida moderna está muy distante de saberla proporcionar.

Esta felicidad hay que saberla descubrir en los ojos brillantes del niño, en el primer balbuceo de sus labios, cuando ensaya el primer paso, cuando busca el regazo de la madre, cuando el pequeño cuenta las impresiones del primer día de

la escuela, la Primera Comunión, la graduación, la corona nupcial de la hija... ¡oh sí!, hay un gran caudal de felicidad familiar llena de intimidad y silenciosa dulzura.

Sin embargo, hay en la vida del hogar sufrimientos a mares, hay días serenos y días de tempestad; pero si Cristo lo bendijo y con su bendición lo fundó, entonces no podrán arruinarlo los huracanes más furiosos. También hay sufrimientos que no podemos evitar: enfermedad, desgracia, contratiempos, muerte; pero una fe anclada en Dios, siempre ayuda para obtener el triunfo.

¿Y si falta la fe? Entonces es caso perdido. Velar a la cabecera del hijo que agoniza sin tener fe; estar ante la tumba que se cierra sobre el marido, sin tener fe; sufrir los pequeños y los grandes martirios de la vida, sin tener fe... es el infierno en la tierra. La vida moderna de





la familia es Sodoma y Gomorra; la familia católica es el vergel de Dios. En la familia moderna los padres fabrican el féretro de sus hijos aún no nacidos, en la familia católica mecen la cuna en que crecen los herederos del cielo.

Los consortes modernos hacen alianza para una ganancia común de dinero y de placeres; los cónyuges católicos embargan su alma, su cuerpo, todos sus pensamientos hasta la sepultura.

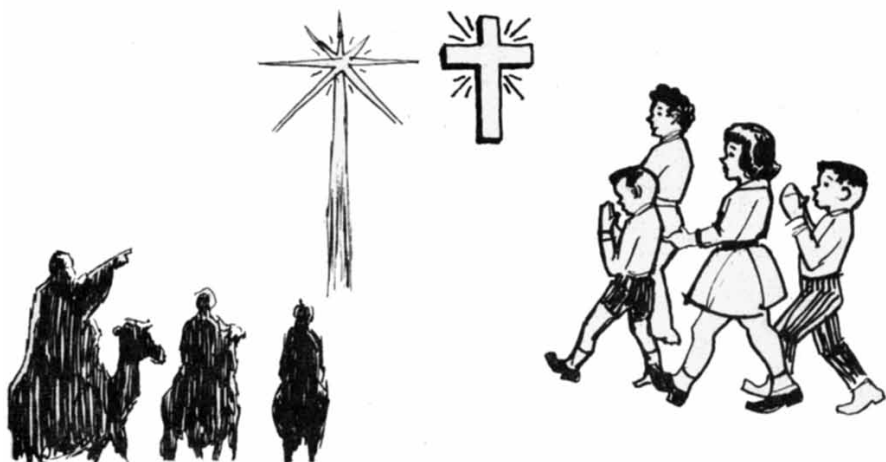
En las grandes ciudades brillan por la noche las pequeñas lucecitas, tan amables e invitadoras, de los hogares santos... y brillan también los carteles luminosos y tentadores de la calle. ¿Y sabes, hermano lector, cuál es la perdición de la humanidad moderna? Que las pequeñas lucecitas del hogar son vencidas por los reclamos que brillan con un color rojo infernal y es-

tos seducen al hombre y hacen que abandone el hogar. Sin embargo, la humanidad no podrá recobrar su felicidad hasta el día en que la luz tierna y simpática del hogar venza todas las fosforescencias infernales y sea de nuevo una realidad esta expresión: ***“la dicha del hogar doméstico.”***

Salvemos la vida familiar, que cruje, invitemos al Redentor, a Cristo, y así habremos encontrado la única medicina eficaz para nuestro mal: la cual es hacer del hogar un paraíso. Nuestros primeros padres tuvieron por casa el paraíso... los esposos de hoy que amen a Cristo harán un paraíso de su hogar. Y el día en que el hogar sea un paraíso, habrá sanado ya nuestro gran enfermo: el mundo.

¡Sea para gloria de Dios!

El Año Nuevo, ¿qué nos enseña?



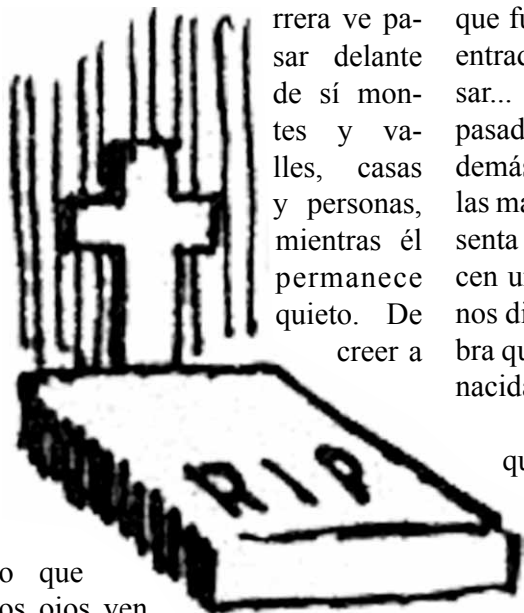
Dos cosas nos recuerda el año que acaba de empezar. Primera: lo vano e ilusorio de la vida, y segunda: lo breve y fugaz de nuestra existencia.

Efectivamente. Ya no existe aquel año al que hace apenas doce meses saludábamos sonriendo con

el dictado de Año Nuevo. Ahora es otro el año nuevo, condenado como todos a dejar de serlo también dentro de brevísimo plazo, para ceder su puesto a otro de tan fugaz existencia como él... Hace más de sesenta siglos que viene sucediendo lo mismo, año por año; y decimos:

“¡Cómo pasan los años!” He aquí la gran ilusión de nuestra vida, tan llena de ellas. No, no pasan los años. Quienes pasamos, y muy de prisa por cierto, somos los hombres. Sucede con esto algo parecido a lo que acaece cuando va uno en ferrocarril. En desatentada ca-





rrera ve pasar delante de sí montes y valles, casas y personas, mientras él permanece quieto. De creer a

que fue ayer cuando celebramos la entrada del año que acaba de pasar... parece; pero en realidad ha pasado un año... y así pasarán los demás. ¡Cómo se nos va de entre las manos el tiempo! Cincuenta, sesenta años, luego que pasaron parecen un momento... así es. La vida, nos dice la Escritura, es como sombra que huye, como flor que apenas nacida se marchita.

De los millones de hombres que comenzaron como nosotros, el año que acaba de pasar, muchos de ellos se han quedado en el camino sin llegar al fin de él... ya

lo que los ojos ven, diríase que son los objetos los que pasan delante de nosotros; y no son ellos los que pasan, sino nosotros los que pasamos delante de ellos, arrastrados por el tren, que a través de túneles y terraplenes nos lleva al término del viaje.

están en sus sepulcros, comidos de gusanos... todo lo de acá acabó ya para ellos... apenas hay quien los recuerde... ¡Esto es la vida! Vana, breve, fugaz...

No pasan, pues, los días, ni vuela el tiempo, ni hay año nuevo ni viejo. Lo que en realidad hay es una porción de viajeros que se forjan la ilusión eterna de ver desfilan todo ante sus ojos, cuando son ellos y sus vidas las que en tropel ruedan por la rápida pendiente de la existencia, cuyo término final es... la muerte. Término de viaje que, por añadidura, no sabemos si está cerca o está lejos.

¿Qué hacer? Comprar con ella lo que no muere, lo que no pasa: Dios, el Cielo, la eternidad feliz. Así nos lo aconseja el apóstol: *"Mientras tenemos tiempo, obremos el bien."* Sea nuestra firme resolución: ¡Año nuevo, vida nueva!

Lo que sí sabemos es que la vida, por muy larga que sea, pasa con una rapidez vertiginosa. Parece





Pasados los alegres días de Navidad empezamos a sentir algo así como cierta inquietud... ¿en dónde están las resoluciones que tomamos el año pasado? Después de una ansiosa búsqueda las encontramos abandonadas en un papel. Nos reprochamos nuestra veleidad, tomamos otra plana limpia y hace-

mos otras más... que probablemente correrán la misma suerte de las anteriores.

¿Por qué ese fracaso que va haciendo crecer en nosotros cierto cinismo? Porque una resolución que se toma sinceramente es un pesado fardo si no se le cumple, que nos hace sentirnos impotentes y débiles.

No carecimos de franqueza cuando resolvimos ir a Misa todos los días, sinceramente deseamos corregirnos de comer al prójimo, estuvimos dispuestos a tomar lecciones de catecismo o a controlar mejor nuestro genio y nuestros gastos, a practicar la virtud. Entonces, ¿por qué fallamos?

De esa selva oscura que llevamos dentro, levanta, todo año nuevo, una parvada de deseos, pero bien pronto se alejan. Ese trazo viril que pensamos imprimir en nuestro





carácter y
esa empresa
que suscitó nues-
tra ambición, los

dejamos con los trazos de un boceto débil. Seguimos siendo lo que fuimos antes: seres humanos que en la corriente de la vida somos títeres movidos por externo impulso.

¿Qué nos falta? ¿Por qué febrero ha de traernos siempre el abandono de las resoluciones que enero suscitó en nosotros? ¿Por qué vivir todo el año con el fardo molesto de resoluciones truncadas? Como chiquillos paseamos una mirada irreflexiva sobre un verdadero manojo de resoluciones. Las acogemos con un gesto de estéril prodigalidad y sin tomarnos mayor trabajo, empezamos la tarea hercúlea de convertirnos en otras personas, de aumentar nuestra eficiencia. Mariposeamos de una resolución a otra, gastamos una onza de energía allá y un adarme aquí. Nuestros nervios pagan la cuenta y al final de ocho días estamos firmemente convencidos de que no podemos realizar nada. Tomamos resoluciones a tontas y locas.

Escretemos el campo de nuestros deseos y ambiciones con serenidad. Fijemos bien la meta. Escojamos con detenimiento.

Es inútil tomar muchas resoluciones, dispersamos nuestras



fuerzas.

H a g a m o s

una pequeña lista de las resoluciones que deseamos tomar. Breve y concisa. Una lista semejante podría ser: ser ordenado, control de gastos, corregirme de mi mal genio, practicar la virtud, rezar el Rosario diariamente, perseverar en la lectura espiritual, etc. Sería muy bueno poder realizarlas todas al mismo tiempo, pero no es posible. Dejemos de lado el camino erróneo y cojamos el más seguro. Generalidades dicen tanto que en total... no dicen nada: "*Voy a ser mejor.*" "*Voy a ser ordenado.*" "*Voy a prepararme para ser más eficiente.*" Una resolución así, tan general, está en las nubes.

Busquemos todos los puntos buenos, demos a esa imagen vigor y vida. Con entusiasmo el asunto es más fácil.

Estudiemos la manera de llegar con puntualidad a Misa, al trabajo, a la escuela, a las citas; investiguemos las causas que nos hacen llegar tarde, quizá sea que estamos en cama más de lo debido, o no nos apuramos para alcanzar el camión, etc.

Vayamos corrigiendo, una por una, esas causas. Así, estaremos trabajando sobre seguro. Con lentitud y firmeza.

Perseveremos. No creamos la batalla ganada por dos días que llegamos puntual. Debemos persistir hasta que se haya formado en nosotros un hábito. Dos semanas, un mes, hasta más, el objeto es que nos acostumbremos a llevar a cabo una resolución. Si fallamos, adelante. Comencemos de nuevo.

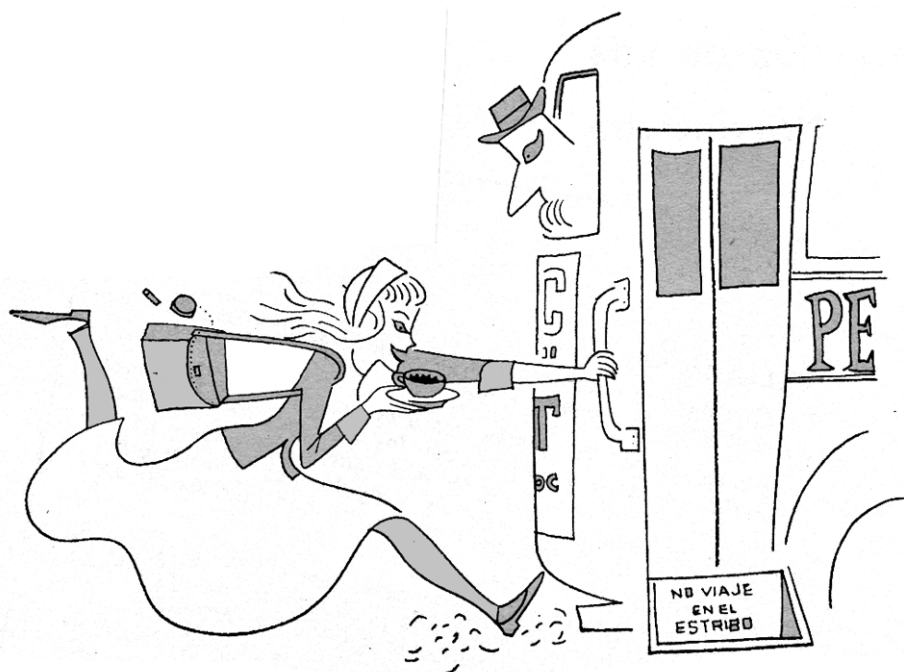
Escojamos las resoluciones que requieran un esfuerzo pequeño, y vayamos aumentando ese esfuerzo.

Tomar una resolución y realizarla, es tomar un reto con uno mismo. Es poner en juego lo mejor que tenemos. Y todo esfuerzo consciente causa alegría y satisfacción.

Ser capaz de decidirse, de sostener una resolución, ¡qué enorme sentimiento de libertad interior! Y la libertad es el don por excelencia. Nada hay más deprimente que la incapacidad de vencerse a sí mismo.

Hay dos maneras de hacer las cosas:

1) El método antiguo, el más arduo y que trae más fracasos que éxitos. El de la fuerza: *"tengo que*





hacer esto a la fuerza, para eso tengo la voluntad.” El viejo hábito que se trataba de vencer resistía. Ese mangoneo suscitaba oposición. Se hacían las cosas de mala gana, naturalmente siempre que se podía se abandonaba la batalla.

2) Usar de la suavidad, aceptar el hacer una cosa porque es buena o bella, porque nos reportará grandes beneficios en nuestra alma y sobre todo por ser esto agradable a Dios si lo hacemos por amor a Él. Entonces, la cosa cambia.

Una vez que nos hemos convencido de la bondad o belleza de la resolución, y de lo mucho que ganaremos espiritualmente para avanzar en la virtud, empecemos con la tarea. Hay que perseverar, no hay que distraer la atención, ni la voluntad haciendo experimentos con nuevas resoluciones, ni tampoco

co esperar que por dos o tres domingos que llegamos puntual a Misa ya podemos pasar a luchar con otra resolución, dejemos que pase un tiempo razonable, hasta que estar puntual sea un hábito y entonces podremos seguir adelante.

Nada se hace en un día. Un paso diario nos lleva lejos. Eso es todo.

Cuando termine este año que Dios nos manda, que tengamos las íntimas y justas satisfacciones de pasar lista a las pocas resoluciones que tomamos este año, pero que pudimos y supimos llevar a cabo.

Es la mejor felicitación que podemos desearles.

¡Sea para gloria de Dios!

Aviso

Si desea recibir el boletín **“PAZ Y BIEN”** por e-mail, favor de enviar su correo electrónico a: **luzcaguila@minimasfranciscanas.org** o se le invita a bajarlo de la página de Internet: **www.minimasfranciscanas.org**

¡Sea para gloria de Dios!



Una Súplica de Oraciones

Pedimos a todos nuestros fieles, lectores y bienhechores una caridad de oraciones por nuestra Reverenda Madre María de la Eucaristía que se encuentra en un estado delicado. Desde mediados de diciembre pasado se ha internado en el hospital varias veces debido a complicaciones en su salud.

Les agradecemos de todo corazón las súplicas que elevan al cielo por su pronta recuperación y tengan la seguridad de que ella, como nosotras, no los olvidamos en nuestras pobres oraciones y que Dios les pague su grande caridad. ¡Sea para gloria de Dios!